

# El desafío demográfico

España se está convirtiendo en uno de los países más envejecidos del planeta, aumentando el riesgo de ruptura del pacto intergeneracional que exige el modelo de bienestar, por lo que debería ser una de las prioridades de la agenda política.



José María Aznar

Expresidente del Gobierno

La población española goza de buena salud. No sólo tenemos una esperanza de vida al nacer (84 años) que únicamente supera Japón, sino que nuestras tasas de mortalidad infantil y materna se encuentran entre las más bajas del mundo. En este terreno estamos por encima de países que nos superan en renta, y eso es una buena noticia que dice mucho a favor de nuestro estilo de vida y del esfuerzo de un sistema de salud que es un pilar fundamental del modelo de bienestar. Pero que la población española goce de buena salud no significa que nuestra demografía resulte igualmente sana.

Porque estas cifras que merecen ser calificadas de excepcionales si se tiene en cuenta las que teníamos a comienzos de los 60 del siglo pasado se ven ensombrecidas por nuestra bajísima natalidad. Ésta ha pasado de ser de 19 nacidos por 1.000 habitantes hace 40 años a menos de 9 en la actualidad, registrándose un pequeño repunte en la década pasada como consecuencia de la inmigración, hecho que nos permitió ocultar la realidad de nuestro preocupante saldo vegetativo. Desde comienzos del siglo pasado sólo ha llegado a hacerse negativo en tres ocasiones: en 1918 (el más profundo de todos) a causa de la 'gripe española'; en 1939 por la Guerra Civil, y en 2015, 2016 y, con casi toda probabilidad, en el año que está terminando.

Después de lustros de muchos nacimientos, tras la Guerra Civil, llegó el *baby boom*, que alcanzó cifras récord entre 1964 y 1976, este último con más de 669.000 nacimientos. A partir de ese momento, se inició una etapa en la que la reproducción fue cayendo hasta 369.000 nacimientos en 1996. La inmigración logró compensar la realidad: España se estaba convirtiendo en uno de los países más envejecidos del planeta y condenado a perder población. Si nada cambia, perderemos un millón de habitantes en los próximos 15 años. En este lapso de tiempo, los mayores de 65 años pasarán de ser el 18% de la población a ser el 25%. Y, además, la



Si nada cambia, España perderá un millón de habitantes en los próximos 15 años.

esperanza de vida a los 65 años será de 86 para los hombres y de 90 para las mujeres.

## Transformación cultural

En resumen, el problema demográfico al que nos enfrentamos se expresa de manera elocuente en una tendencia que arranca a finales de los 70 del siglo pasado. Una tendencia que tiene que ver con una profunda transformación cultural que afecta al papel de la mujer, la idea de la familia, la prioridad de los proyectos personales y, también hay que decirlo, una preocupante desvalorización de la maternidad, no sólo en las decisiones individuales de la mujer, sino también en la consideración de la sociedad. Como consecuencia, el gasto en pensiones y sanidad no ha dejado de perfilarse con toda claridad el desafío que supone su sostenibilidad, así como el riesgo de ruptura del pacto intergeneracional que exige el modelo de bienestar.

¿Cómo se ha llegado a este punto? En primer lugar porque en este, co-

## La ausencia de políticas públicas de familia es un ejemplo de los obstáculos a la maternidad

## Uno de los problemas a los que nos enfrentamos es que no sabemos bien qué es hoy una familia

mo en tantos temas de interés público (reforma de la sanidad y la educación, estrategia energética, política exterior, Plan Hidrológico, política de I+D+i, racionalidad en las infraestructuras, etc.) debe construirse una política de Estado. Sin embargo, en no pocas ocasiones las tímidas reformas que se hacen atienden más al prejuicio ideológico que al interés general; por ejemplo, limitando arbitrariamente las posibilidades de hacer compatible la garantía de las pensiones públicas con el esfuerzo

social y económicamente valioso de ahorro y de previsión privada.

A todo lo anterior hay que añadir la profunda evolución experimentada por la sociedad española desde comienzos de los 70. Hemos pasado de ser una sociedad muy homogénea a convertirnos en una de las que presenta mayor diversidad interna. Hasta entonces es muy probable que la mayoría de los españoles tuviera un concepto parecido sobre qué era una familia. Hoy, si nos atenemos a los datos del INE y miramos sin filtros lo que sucede a nuestro alrededor, las cosas han cambiado mucho. Tradicionalmente, hogar y familia se han considerado conceptos intercambiables, pero esto ya no vale para el presente. El 24% de los hogares están compuestos por una sola persona. En el 34% viven padres con hijos, pero únicamente en un 10% cohabitan dos o más vástagos. Casi el 45% de los niños que nacen en España son hijos de padres que no están casados, y por cada 100 matrimonios, cuyo número ha caído un 56%

desde 1965, se registran 45 divorcios. Entre nuestros jóvenes de 25 a 29 años, los que tienen la edad ideal para la procreación, un 30% proceden de otros países, lo que introduce modelos de familia diferentes a los que hemos conocido tradicionalmente.

Esta heterogeneidad creciente no es exclusiva de España y, en buena medida, se observa que está correlacionada con la modernización del país desde el año 1976. Además, según los expertos, en materia de natalidad no existen relaciones de causa-efecto. La natalidad responde a múltiples causas y ninguna de ellas es determinante exclusiva del descenso que ha registrado durante las últimas décadas. Podría hablarse de variables culturales, socioeconómicas, psicológicas e incluso ideológicas, pero ninguna de ellas puede ocultar la realidad incontestable que nos proporcionan los estudios recientes. Cuando preguntamos a las mujeres en España (cuya tasa de fecundidad actual es de 1,3) cuántos hijos desearían tener, las estadísticas nos dicen que 2,3. Esto significa que estamos perdiendo un hijo (deseado) por cada mujer en edad fértil. Este hecho revela que existen obstáculos sociales a la materialización de ese deseo, y la ausencia de políticas públicas de familia constituye un buen ejemplo de esos obstáculos.

No es tarea fácil. No es difícil comprender que uno de los problemas a los que nos enfrentamos es que no sabemos bien qué es hoy una familia. Si se tratase de definirla, muchas de ellas no encajarían o no querrían encajar en esa definición. Por otro lado, la crisis económica, los bajos salarios que perciben los jóvenes que tienen la suerte de encontrar empleo, la dificultad para lograr estabilidad laboral y profesional y la carestía de la vivienda han hecho que se retrase la emancipación de los jóvenes para formar su familia.

Si a todo esto le sumamos la inexistencia de una política estatal para el fomento de la natalidad, las dificultades para la conciliación laboral y familiar, y las modestas ayudas económicas que se reciben por hijo, no resulta muy complicado entender lo que está sucediendo y por dónde hay que enfrentar el problema. En Francia se dieron cuenta de esto, tomaron medidas y hoy la tasa de fecundidad de las mujeres es de 1,99.

La agenda política tiene que dar a este asunto crucial la prioridad que le corresponde, superar visiones cortoplacistas, ver mucho más allá de nuestra propia expectativa. Este reto tiene que ser un gran compromiso intergeneracional, que parta de reconocer el valor que merece la maternidad y eleve la vista de nuestro bienestar presente para asegurar bienestar y solidez de nuestra sociedad en el futuro.